

# Diario de un Detective Privado

rafael guerrero



# Capítulo 1

Capítulo 2 Hoy me apetece desayunar fuera. Chocolate con churros. ¡Qué hambre me está entrando ya! Creo que voy a ir a la cafetería que hay dos calles más arriba. Es un sitio amplio, de los que aún te permiten fumar. Porque, a pesar de las leyes, sigo siendo un vicioso del tabaco; soy incapaz de dejarlo; y no lo hago porque no quiero. Aún no.

En fin, como iba diciendo, es un sitio amplio, con mucho ambiente. Y a mí me gusta observar, ver la vida cotidiana de las personas, sus movimientos. Observar sin ser visto. Y para eso trato de variar de lugares. No tengo un bar "favorito".

Evito que me conozca más de lo debido el camarero donde desayuno. Y, por supuesto, nunca repito más de dos días en el mismo lugar. Hay que diversificar; tienes que evitar que conozcan tu rutina, que puedan llegar a saber dónde vives, qué haces.

Y es que... cualquier día ellos pueden ser objeto de mis investigaciones. Cualquiera puede ser investigado, legítimamente, por un detective, legalmente habilitado conforme a la Ley. Aunque, como en otras profesiones, en ésta también hay intrusos: "clientes – intrusos" o "detectives – intrusos".

Los primeros son los típicos que cuando te llaman para encargarte un caso ya han hecho ellos mismos de detectives, con lo que ello conlleva: que el investigado ya está *quemado* (que se ha dado cuenta de que le siguen), que quieren dirigir la investigación ellos mismos, sin dejarte trabajar; o te piden ciertos datos alegando que ellos los podrían conseguir de manera fácil.

Y, además, los quieren... ¡ya! ¡Como si todo fuera tan sencillo! Al revés. Cada vez lo tenemos más complicado para obtener datos personales. El trabajo de un detective ha de ser como el de un artesano: minucioso, sin prejuicios, sin dar nada por sentado, sin adelantarse a los acontecimientos, dedicándole el tiempo necesario, y sin que se vean las costuras o remates; es decir, sin que el investigado note que lo ha sido.

En cuanto al segundo tipo de intrusos, el que se hace llamar "detective", hay que tener mucho cuidado con él. Puede ser que se trate de algún tipejo que trabaje sin la licencia necesaria que lo habilite para ejercer como detective. O puede que, aunque la tenga, ejerza su labor sin escrúpulos, alargando las investigaciones más de lo debido, cobrando más de lo necesario, afirmando haber visto hechos inexistentes... En fin, no se merecen ni que siga pensando en ellos; aunque son los que dan la mala fama a nuestro colectivo.

¿Dónde dejé el coche anoche? ¡Ah, ya me acuerdo!  
Cada día tengo que aparcarlo más lejos.

Tener el coche en un parking, aunque sea privado, es peligroso. Te crea una rutina. Aparcándolo siempre en el mismo sitio el vigilante te llega a conocer; los otros propietarios también. En fin, que aunque sea poco cómodo, prefiero aparcarlo cada día en una zona distinta, con discreción. Por suerte no me gustan los coches y para mí son sólo un material más de trabajo, como pueden ser las cámaras u otros equipos de vigilancia. Cuando no trabajo viajo en transporte público, taxis o metro, nada de coches. Antes me gustaba conducir, pero desde que la gente va más

pendiente de los radares que de la conducción, sólo cojo el coche si voy a ganar dinero con él.

Menudo frío hace hoy! ¡Y eso que ya estamos en primavera! ¡Qué invierno más largo! Un buen abrigo, jersey de lana y botas Panama Jack negras, todo oscuro, y en un pequeño bolso unos buenos zapatos. Por si acaso. Aún así siento el frío en el cuerpo. A ver si se disipa la niebla y mejora el día, porque no me quiero ni imaginar lo que nos espera si la jornada se alarga mucho y el tiempo no cambia. En principio unas doce horitas de nada. ¡Ánimo y al toro! Menos mal que la espera, en principio, será en el coche y allí siempre llevo ropa de cambio. A veces es muy útil. Aparte de para no pasar frío variar de vestimenta ayuda a pasar desapercibido.

Los detectives, aunque no tengamos ningún "reglamento de empresa" que nos lo regule, también estamos condicionados en el tema de la ropa, como en muchas empresas. La propia profesión nos dicta la manera de vestir, la elección del llamado fondo de armario.

Ropas de colores neutros, poco llamativos; oscuros si el tema se desarrolla por la noche o hay que pasar muchas horas en el coche. Y, por supuesto, ropa muy versátil, ya que, lo mismo hay que hacerse pasar por un ejecutivo, que por un transportista. En cierto sentido, en muchas ocasiones, somos como actores: interpretamos un papel que ha de resultar creíble con el fin de llegar al público (investigado) y lograr un fin (unos aplausos o un buen informe repleto de información interesante).

Hablando de cosas interesantes. A ver si saco tiempo

para ir a comprar algún libro nuevo. Me encanta leer, y sobre temas de lo más variado. De todo se aprende, y en esta profesión hay que saber de todo. El último libro que he devorado no es precisamente nuevo, pero, al menos en el título, me recuerda bastante a mí: "El hombre invisible" de H.G.Wells. Abrigo largo, guantes, gafas, solitario... y sobretodo invisible.

El día que decidí hacerme detective no sabía lo que hacía.

A partir de entonces tomé la decisión de ocultarme o tal vez de tener una doble vida. Otros compañeros de profesión llevan una vida más normal. Y también los hay que aparecen en los medios de comunicación, que cuentan sus casos, enseñan videos de investigaciones por la tele... A esos los llamo yo "*empresarios*", en lugar de detectives; venden investigación como podrían vender quesos.

Ellos, en su defensa, argumentan que abren nuestro sector a toda la sociedad para que nos conozcan más. Y para ello desvelan nuestras técnicas de investigación, la tecnología que utilizamos... Pero, claro, ellos no salen a la calle, no siguen a nadie, solo ponen la cara en la televisión, donde saben que no se la van a partir.

- Buenos días. Una botella de agua, por favor.

- Grande o pequeña.

- Grande. Y también estos caramelos y un paquete de

chicles de menta fuerte.

- Son 3,80. ¿Una bolsa?

-No, gracias. Buen día.

La verdad es que tengo el coche lleno de bolsas.

Cuando he de hacer una espera suelo llevar algo de beber, caramelos y frutos secos para matar el hambre. Por si acaso. Nunca se sabe cómo va a ser el día, si habrá tiempo para comer o si podré ir al aseo.

Me encanta Madrid. Tiene vida a cualquier hora, ya sea de día y de noche. La almendra central es como un hervidero de coches y personas. Gente de lo más variada, que va de un lado a otro nadando en una marea de confusión, sin destino aparente pero avanzando hacia un punto concreto. Unos al metro, otros entran y salen de las cafeterías, de las tiendas; otros simplemente esperan algo o a alguien en la acera. Autobuses, coches, taxis, gente... Madrid se mueve.

Hoy empezamos en La Moraleja. Así que... a cruzar la ciudad, parada en Plaza de Castilla para recoger a parte del equipo, y luego a tomar la Nacional I, la carretera de Burgos.

Capítulo 3 El tema parece fácil, a priori, aunque en esta profesión nunca se sabe lo que uno se va a encontrar.

*El de hoy es un asunto de posible infidelidad. Que típico, ¿no? Existen infinidad de causas por las que una persona es infiel a su pareja. Están los motivos conscientes, los que todo el mundo conoce: para vivir lo no vivido, por el placer de disfrutar de una aventura e incluso como forma de venganza. Pero además, existen motivos inconscientes, como, por ejemplo, el escapar de fantasías edípicas, eludir la depresión o, aunque suene extraño, ser infiel como forma de evitar obtener de la pareja todo cuanto se necesita.*

Si, el ser humano es así.

La verdad es que en nuestra agencia sólo cogemos este tipo de asuntos cuando nos vienen derivados de algún abogado que ya es cliente nuestro o de algún familiar de clientes importantes. Cobramos por encima de la media, por lo que, o el cliente viene a nosotros porque le han dado buenas referencias o no nos va a contratar en cuanto compare precios con otras agencias. Y no les culpo. Es más, lo entiendo.

Pero deberían tener en cuenta que no cobra lo mismo un primer espada que uno que no lo es y los dos torea ¿no?

La clienta de hoy quiere saber si su marido la engaña. ¡Como si no lo supiera ya! En casi la totalidad de los casos, cuando una persona te contrata para comprobar si su pareja le engaña, el final ya se sabe: hay infidelidad. Y lo que tenemos que hacer nosotros es simplemente captar las imágenes en las que se vea al marido o a la esposa infraganti, porque eso es lo que

quieren ver los clientes para convencerse del todo. Además, para la posterior negociación, no hay nada mejor que unas buenas pruebas que harán que la persona que ha sido infiel firme lo que sea. Pero ojo, hay que hacerlo rápido, antes de que las lágrimas se sequen y empiece la gran batalla.

Cuando hablé con Mar, que así se llama la clienta, estuvo casi a punto de echarse a llorar. Estaba desesperada. No sabía qué hacer, me dijo. Mi marido se pasa varios días muy distante y casi ni me habla; y de pronto, aparece con un ramo de flores, o con una invitación a cenar que no vienen a cuento. Viaja mucho, todas las semanas, y noto en él ciertos comportamientos que no me cuadran. Necesito saber qué le ocurre. Si me está engañando con alguien o si tiene algún tipo de problema.

Yo le hice las preguntas típicas de estos casos, recabé toda la información necesaria para esta clase de investigación, puse en marcha a mi equipo y aquí estamos hoy.

Normalmente no suelo tratar este tipo de asuntos; me refiero a los de índole familiar. Prefiero los empresariales. Suelen ser más interesantes y a nivel económico, mejor pagados. En este sector las minutas altas son más defendibles, más que nada, porque el cliente se está jugando bastante dinero en el resultado de la investigación.

Pero con Mar es distinto. Ya la conozco desde hace tiempo, cuando investigué a varios de sus empleados por un tema de unos anónimos en la empresa en la que ella es directora de marketing y comunicación.

Su marido, Francisco García, el investigado, también trabaja en la misma empresa, pero en otro departamento. Es director de proyectos, llevando la expansión internacional.

En aquel caso, el de los anónimos, sí que tuvimos que realizar una buena labor de investigación. Tuvimos que emplearnos a fondo para conseguir descubrir al culpable. Y fue de lo más curioso. Resultó ser un hombre que llevaba casi diez años en la empresa, tímido y muy trabajador. El único problema que tenía es que su compañera de la mesa de enfrente no le hacía el menor caso y se sintió tan rechazado que no se le ocurrió mejor manera de expresarlo que escribir una serie de "cosas bonitas" en el aseo femenino acerca de esta chica. El final, el esperado: ella sorprendida, él despedido y el resto, observando el espectáculo.

En esa ocasión, como en todas, por otra parte, la investigación previa a la labor de campo fue de vital importancia. Es cierto que con la bajada masiva de precios cada vez se hace menos, pero no es nuestro caso.

Entendemos que realizando una buena investigación previa nuestros resultados serán mejores y al final eso es lo que quiere nuestro cliente, ¿no? Para que todo transcurra de la mejor manera hay que verificar domicilios, realizar comprobaciones, estudiar la zona en la que se va a efectuar la espera.... Pero no siempre es posible, y es entonces cuando nos acordamos de lo bien que se hace una investigación cuando se ha podido preparar antes, cuando hemos comprobado todas las vías de salida, cuando hemos tenido tiempo de inventar subterfugios, de crear identidades, de elegir el vestuario, en fin, tiempo de crear un "escenario" por si

surgen dificultades añadidas e inesperadas.

En el caso que nos ocupa hoy, por suerte, hemos podido realizar esta planificación previa, ya que la clienta acudió a nosotros con bastante antelación al día fijado para efectuar el seguimiento. Además, nos ha facilitado un buen número de datos muy útiles para realizar el trabajo: fotografía actual de su marido, matrícula del vehículo que utiliza habitualmente, horarios y lugares que suele frecuentar, situación de la empresa, posibles entradas y salidas ... información que facilita en gran medida nuestra labor. Otros casos no son así y por eso el resultado de la investigación también es incierto.

A parte de la comunicación con el cliente, a mí me gusta tener un pequeño "briefing" con mis colaboradores antes de un caso importante. Muchas de las cosas sé que ya las saben, pero yo las repito una y mil veces. Para eso soy muy anglosajón.

Es curioso que nadie se plantee por qué cuando vas a entrar en Estados Unidos te preguntan si estás o has estado involucrado en actividades terroristas o en un genocidio. O si has estado involucrado entre los años 1933 y 1945 de alguna manera en persecuciones asociadas con la Alemania Nazi o sus aliados. También te preguntan, y además en primer lugar tras los datos personales, si padeces una enfermedad contagiosa, un desorden físico o mental o si eres un consumidor o adicto a una droga.

Ellos esperan que la respuesta sea NO, porque de otra manera te denegarán la entrada al país o bien te detendrán en ese mismo instante. Pero si la respuesta es negativa y luego descubren que has mentado

tendrán más argumentos para *empapelarte*. Pues en mi caso *y*, sin querer *empapelar* a mis colaboradores, hago más o menos lo mismo. Les pregunto y les repito siempre las mismas cosas para que luego no tengan argumentos para decir que no les avisé o no les informé.

En este trabajo se te pueden dar todo tipo de situaciones; las más absurdas que te puedas imaginar, y sólo la experiencia hace que puedas anticiparte a ellas.

Yo siempre les digo a mis colaboradores que en esta profesión existe la magia, porque los investigados sin más... ¡desaparecen! Vas por una carretera normal, de doble sentido, en una recta, circulando tranquilamente, y de repente, tras un cambio de rasante, el coche al que sigues... ¡ha desaparecido! Imposible, piensas, pero lo cierto es que ya no está ahí enfrente y se te queda cara de tonto. Pero había truco. Resulta que había una pequeña carretera a la derecha nada más salir del cambio de rasante, el cual empezaba con una bajada pronunciada, que el investigado había tomado ese camino, y que tú te habías pasado de largo. Y no digamos los casos de magia que se dan al doblar una esquina en una gran ciudad. De pronto, el investigado se ha esfumado. ¿Habrás entrado en la tienda de ropa? ¿Quizá en el primer portal, que casualmente tiene diez pisos y cuatro puertas en cada planta? Pues igual no es ni la opción a ni la b. Quizá sea la c, que era tomar el único taxi que había en la parada de la esquina.

Casos así hay muchísimos.

Por eso, esta vez quiero ir sobre seguro, ya que la información que tenemos es que este hombre es impredecible. Lo mismo conduce su coche, saltándose semáforos en ocasiones, que se dirige a pie a determinados sitios, o toma el metro si ha de moverse por el centro en hora punta. Así que vamos a ir dos detectives en un coche y otro en una moto de apoyo. De esta manera tendremos cubiertas las diferentes posibilidades, en coche o a pie.

Seguir a alguien es muy fácil, lo difícil es hacerlo sin que se dé cuenta. Cuando salí de la facultad nadie me había dicho eso. Bueno, a decir verdad no me habían dicho nada de lo que me iba a encontrar en la calle.

Un detective sigue a la gente, a personas como tú, que llevan una vida normal o no tan normal, pero que tienen algo que esconder, o tal vez no. Nunca se sabe. Todos somos como una caja de sorpresas. En ocasiones te encuentras con personas que a la luz del código penal están cometiendo fraudes pero que actúan con una tranquilidad asombrosa. No ponen ninguna medida de seguridad, por ejemplo, de contravigilancia. ¿Será que les da igual? No lo creo.

Lo que les pasa es que no piensan que vayan a ser investigados. Es la cultura española; algo que por desgracia para nosotros, los detectives, está cambiando.

Con esto de la globalización nos estamos volviendo cada vez más anglosajones. Y, aunque con unos quince años de retraso con respecto a Estados Unidos, ya nos estamos empezando a encontrar con situaciones impensables hace tiempo, como demandas ilógicas, agresiones a médicos, problemas muy graves de comportamiento en las aulas, una falta de educación y de respeto por el otro a niveles inimaginables.

Gente rara hay mucha, investigados y también clientes.

De hecho, en ocasiones pienso que al primero que habría que investigar es al supuesto cliente, y digo supuesto porque a veces no llega a serlo; y es que, si no lo veo claro prefiero no investigar. Te puedes encontrar con personas raras o conflictivas que no se sabe si van armadas o no, que no llevan una vida normal, que conducen como locos, vigilan su espalda porque anteriormente otro colega, o quién sabe quién, lo ha seguido y lo ha *requemado* (ha detectado a quien le investiga); gente que te pone trampas para pillarte en una calle sin salida o viene y se encara contigo en vez de llamar a la policía, que es lo que debería hacer.

Tengo que decir que, por suerte, el porcentaje de esas situaciones es mínimo. Pero existe.

## Capítulo 4

Plaza de Castilla.

*-Buenos días, Irene. ¿Ya estás por aquí?*

*-Sí, acabo de llegar. Estoy en Mateo Inurria.*

*-Bien. ¡Esta vez has sido puntual! Te cuelgo ya. Te recojo en el semáforo.*

Cada vez es más difícil parar con el coche en Madrid, y más aún aparcar, sobre todo en determinadas zonas.

-¿Qué tal, Irene? ¿Te ha costado madrugar hoy con el cambio de hora?

-No, anoche me acosté pronto.

-¿Has traído el equipo? ¿Baterías cargadas? ¿Libreta para anotar?

-Si.

-¿Has cambiado la hora a la cámara?

-Si, tambieeen.

No me fio de nadie, ni siquiera de mi equipo. Cuando esto se lo digo a mis colaboradores ponen el grito en el

cielo, Pero.....creo que me malinterpretan. Mi teoría es que el ser humano es de tal naturaleza que resulta imposible fiarse de él. Puede hacer cosas en contra de sus ideas, convicciones o creencias por muy diversos motivos o por intereses, que suele ser lo más habitual, pero también por envidia e incluso patología. Por eso, tras ese primer batacazo que les suelto les tengo que explicar que de ellos no me fío pero sí que "confío" y que el día que no lo haga dejarán de formar parte de mi red de colaboradores. La confianza es necesaria y hay que cultivarla y ser franco y leal. No soporto la deslealtad. En este trabajo los engaños, mentiras, *punteos* y toda clase de patrañas están a la orden del día.

-¡Menudo atasco! ¡Cada vez hay más coches en Madrid!  
¡Y ya da igual a qué lugar te dirijas! A ciertas horas todo está atascado. Y en parte es normal. Nos obligan a ir a velocidades máximas irrisorias y todos a la misma velocidad. Así que no puedes adelantar, no te pueden adelantar, y está todo lleno de radares en las avenidas, en los semáforos, en vehículos camuflados... ¡es de chiste circular en coche!

-Pues en metro ni te cuento, Rafa. Veníamos esta mañana casi como en Japón. Apiñados.

-Y encima siempre te encuentras a gente a la que parece que han regalado el carnet! ¿Ves? Como este que tenemos delante. ¡Es que les tenían que prohibir coger el coche!

-Bueno, no desesperes, que ya queda poco para llegar. Jaime nos espera allí con la moto, ¿no?

-Sí, debería.

Una vigilancia estática antes de un seguimiento es un arte. Es como las primeras etapas del Rally Paris-Dakar, donde no ganas nada pero lo puedes perder todo. Puedes ser detectado por el investigado, por un vecino, por el portero de la finca o el de al lado. Hay que saber camuflarse, colocar el coche para que pase lo más desapercibido posible....pero sin perder la efectividad. Es lo que se llama el *binomio eficacia-seguridad*; a más eficacia se pierde seguridad y viceversa. El secreto es saber cuándo aplicar tanto una como otra. Y en los seguimientos pasa lo mismo. Hay que saber cuándo pegarse al investigado y cuando dejarle espacio, separarse de él, *darle vida*.

-Hola, Jaime. ¡Qué bien te veo! ¿Llevas mucho esperando?

-No, ¡qué va! He llegado hace cinco minutos. Hola, Irene.

-¿Algún movimiento en la zona?

-Nada. Todo tranquilo.

-Bueno, pues cada uno a su puesto. Jaime, te quedas controlando ese lado, por si sale y se va hacia allá y no nos da tiempo a girar con el bulevar de por medio. Irene, tú conmigo en el coche. Nosotros vigilamos la casa y el lado izquierdo de la misma.

-¡Hasta luego, chicos!

-Nos ponemos en contacto si hay cualquier novedad.  
¡Abrígate bien, que hoy hace mucho frío!

Como muy bien decía Germán Areta en la famosa película de Garci "El crack", este trabajo se compone de tres cosas: esperar, esperar y esperar.

Una vigilancia es un ejercicio de paciencia infinita. No hay que perder nunca de vista el objetivo. Siempre alerta, observándolo todo y a todos los que se cruzan. En vigilancias largas, de semanas, llega un momento en que siempre ves a las mismas personas haciendo el mismo camino, a la misma hora, de lunes a viernes. Sólo cambia su vestimenta. Y sin querer, de pronto, todos los vecinos se convierten en investigados. Son los

efectos colaterales. Realmente yo no quiero saber nada de ellos, no me interesan, pero no puedo evitar *procesarlos*, como en un laboratorio. Al pasar ante mis ojos los analizo. Hay que tener en cuenta que podrían ser personas que están haciéndonos una *contravigilancia*, o sea, que hayan sido contratadas por el investigado para saber si está siendo seguido e investigado. Así que un simple vecino, de repente, se puede convertir en un *agente de contravigilancia*.

-¡Cuidado, Jaime! Va un hombre con cazadora marrón corta hacia ti. Disimula. Ha mirado hacia tu posición nada más salir de su casa y va directo hacia donde tú estás. Es el vecino del investigado. El de la casa de la derecha, con el tejado de pizarra.

(...)

Háblame, ¿qué ocurre?

-Nada. Falsa alarma. Ha pasado de largo. Ha ido directo al buzón de la casa que tengo al lado. Ha metido dentro un sobre y luego se ha marchado doblando la esquina. Ni me ha mirado siquiera. Iba centrado en sus cosas.

Este trabajo puede tener tantos sobresaltos como minutos tiene el día. En una ciudad como Madrid es fácil que algún vecino, a la mínima cosa rara que vea llame a la policía. En otras ciudades puedes estar varios

días sin que haya sobresaltos. Y algo curioso. En el País Vasco te puedes tirar una semana entera haciendo una espera y no hay vecino que se atreva a llamar a la Ertzaintza y mucho menos a la Guardia Civil. Recuerdo una investigación que hicimos en la que tuvimos que estar pegados al cuartel de Intxaurre, en San Sebastián, y por allí no apareció nadie. Cosa distinta ocurre en el cuartel de Guzmán el Bueno, en Madrid, en donde a la mínima que te acercas o montas una pequeña espera, ya tienes a la Guardia Civil identificándote, lo que me parece muy bien, porque ellos no saben que somos de los *buenos*.

-¿Qué tal lo llevas? ¿Mucho frío ahí fuera, Jaime?

-Pues, sí, para que engañarnos. ¡Qué suerte vosotros ahí dentro en el coche! ¿A qué hora sale, supuestamente?

- En unos diez minutos. Sigue alerta. Suele ser de horarios fijos, según ha dicho su mujer. ¡A ver si hoy no nos falla!

Esperar. ¿Qué es esperar? Según el diccionario, es lo que estamos haciendo nosotros hoy aquí.

1. Permanecer en un sitio donde se cree que ha de ir alguna persona o ha de ocurrir algo.
  2. Desear que algo ocurra.
  3. Creer que ha de suceder alguna cosa.
  4. Tener esperanza de conseguir lo que se desea.
- Unas veces se espera tan solo unos minutos.

Otras veces, horas.

Y nada pasa. Solo el tiempo

## Capítulo 5

[logs.catrдио.cat/jordicervera.php?query=rafael+guerrero&amount=0&blo](https://logs.catrдио.cat/jordicervera.php?query=rafael+guerrero&amount=0&blo)